

## ANÁLISIS DE *UN POBRE HOMBRE RICO O EL SENTIMIENTO CÓMICO DE LA VIDA*, DE MIGUEL DE UNAMUNO

ANALYSIS OF *A POOR RICH MAN OR THE COMIC SENSE OF LIFE*, BY MIGUEL DE UNAMUNO.

Alberto Oya

*Instituto de Filosofia da Nova (Universidade Nova de Lisboa)  
& ArgLab – Lisbon Mind and Reasoning Research Group*

**Resumen.** *En este artículo defiendo que la novela Un pobre hombre rico o el sentido cómico de la vida expresa, bajo una forma irónica, la noción de fe religiosa de Miguel de Unamuno.*

**Palabras clave:** *Unamuno, fe, caridad, amor, Dios.*

**Abstract.** *In this paper I argue that the novel Un pobre hombre rico o el sentimiento cómico de la vida [A Poor Rich Man or the Comic Sense of Life] expresses, in an ironical way, Miguel de Unamuno's notion of religious faith.*

**Keywords:** *Unamuno, faith, charity, love, God.*

A lo largo de sus obras, y de una manera más sistemática en su *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, Miguel de Unamuno elaboró una concepción no-cognitivista de la fe cristiana y la defendió en tanto que ésta es el resultado inevitable de nuestra propia condición natural. El razonamiento de Unamuno versa exclusivamente, pues, sobre el hombre individual y concreto, el de “carne y hueso”, y lo que emerge de él. Dicho en otras palabras: la propuesta filosófica de Unamuno se construye sobre el paradigma epistemológico de acuerdo con el cual la relación epistémica del sujeto con el mundo es determinada por el sujeto mismo, y no por el mundo, y esta relación epistémica a su vez determina la relación práctica, ética, del sujeto con el mundo. En palabras de Unamuno:

La filosofía responde a la necesidad de formarnos una concepción unitaria y total del mundo y de la vida, y como consecuencia de esa concepción, un sentimiento que engendre una actitud íntima y hasta una acción. Pero resulta que ese sentimiento, en vez de ser consecuencia de aquella concepción, es causa de ella. Nuestra filosofía, esto es, nuestro modo de comprender o no comprender el mundo y la vida, brota de nuestro sentimiento respecto a la vida misma. Y esta, como todo lo afectivo, tiene raíces subconscientes, inconscientes tal vez<sup>1</sup>.

Con independencia de si lo que dice aquí Unamuno es, desde un punto de vista filosófico, correcto, lo importante para los propósitos de este ensayo es que esto es lo que explica que, con la excepción de su primera novela, *Paz en la guerra*<sup>2</sup>, sus obras, ya sean ensayísticas, novelescas o poéticas, son una apelación directa al lector, un instrumento que Unamuno ofrece al lector para que (re)viva en su intimidad ciertas ideas:

Y todo lector que sea hombre de dentro, humano, es, lector, autor de lo que lee y está leyendo. Esto que ahora lees aquí, lector, te lo estás diciendo tú a ti mismo y es tan tuyo como mío. Y si no es así es que ni lo lees<sup>3</sup>.

Y la novela que nos ocupa hoy, *Un pobre hombre rico o el sentimiento cómico de la vida*,<sup>4</sup> no es una excepción a lo que acabo de decir. Como quedará claro más adelante, el eje que vertebra toda la novela no es otro que el aspecto práctico-ético, si se prefiere—del concepto unamuniano de fe. De aquí que sea necesario conocer las ideas básicas de la concepción religiosa de Unamuno para poder comprender adecuadamente el contenido de esta novela.

Dicho brevemente, la fe de Unamuno consiste, primariamente, en concebir el mundo de forma personal: el mundo se nos aparece como un Ser vivo, que sufre, ama y pide de nuestro amor. Esta forma de entender el mundo, a su vez, determina una manera de actuar, de relacionarse con él (*i.e.*, la caridad). Y es mediante nuestro actuar, nuestra entrega caritativa, que emerge en nosotros el *sentimiento* de pertinencia y comunión con el mundo entero, con Dios.

<sup>1</sup> Miguel de UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* (1913), en *Miguel de Unamuno: obras completas* (vol. VII: "Meditaciones y ensayos espirituales"), Madrid, Escelicer, 1967, pp. 110.

<sup>2</sup> Miguel de UNAMUNO, *Paz en la guerra* (1897), en *Miguel de Unamuno: obras completas* (vol. II: "Novelas"), Madrid, Escelicer, 1967, pp. 87-301.

<sup>3</sup> Miguel de UNAMUNO, *Cómo se hace una novela* (1927), en *Miguel de Unamuno: obras completas* (vol. VIII: "Autobiografía y recuerdos personales"), Madrid, Escelicer, 1966, p. 761.

<sup>4</sup> Miguel de UNAMUNO, *Un pobre hombre rico o el sentimiento cómico de la vida* (1930), en *Miguel de Unamuno: obras completas* (vol. II: "Novelas"), Madrid, Escelicer, 1967, pp. 1187-1212.

De acuerdo con Unamuno, es del dolor espiritual, la congoja, que el “sentimiento trágico de la vida” acarrea consigo, y el tomar conciencia de que ésta es la condición natural de todas las cosas, de donde surge la fe. El “sentimiento trágico de la vida” refiere al conflicto, agonía, irresoluble (*i.e.*, “trágico”) que, de acuerdo con Unamuno, todos nosotros sentimos (*i.e.*, “sentimiento”) de manera natural (*i.e.*, “de la vida”) entre, por un lado, nuestro necesitar creer que el Dios cristiano existe y que nos salvará mediante la Resurrección, y, por otro lado, nuestra falta de evidencias para formarnos la creencia que este Dios de hecho existe y nos salvará.

El “sentimiento trágico de la vida” emerge, a su vez, como consecuencia de lo que Unamuno llamó “hambre de inmortalidad” –*i.e.*, la inclinación natural más básica de aumentar nuestra propia singularidad, que genera en nosotros la *necesidad* de seguir siendo, indefinidamente, los mismos individuos de “carne y hueso” que somos aquí y ahora–. Más concretamente, el “sentimiento trágico de la vida” aparece de manera inevitable una vez tomamos conciencia de que la existencia del Dios cristiano y su salvación es un hecho *posible*, cuya verdad o falsedad no puede ser decidida a partir de las evidencias de las que disponemos, y que sólo en caso de que este Dios exista y nos salve mediante la Resurrección, será satisfecha nuestra “hambre de inmortalidad”<sup>5</sup>.

Es importante remarcar que esta “hambre de inmortalidad” no refiere al *deseo* humano de no morir, sino a la inclinación natural más básica de incrementar nuestra propia singularidad. Esta inclinación es una especie de instinto natural –un *apetito*, en el sentido spinozista–<sup>6</sup>. Tampoco es algo exclusivo de la especie humana sino que, de acuerdo con Unamuno, esta “hambre de inmortalidad” es la inclinación natural más básica de *todas las cosas*, incluyendo aquí aquellos particulares que intuitivamente diríamos no sienten –por ejemplo, piedras y plantas–.<sup>7</sup> En otro lugar he explicado detalladamente por qué esta “hambre de inmortalidad” de la que habla Unamuno no refiere al deseo humano de no morir, sino que refiere a esta supuesta

<sup>5</sup> Es en este sentido que Unamuno puede considerarse, aún dentro de su peculiaridad, un pensador cristiano. Es aceptar la *posibilidad* (que no la *verdad*) del relato bíblico acerca de la Resurrección de Cristo lo que explica la transición del “hambre de inmortalidad” al “hambre de Dios”: si la Resurrección de Cristo fuera un hecho *imposible* (si, por ejemplo, la existencia de Dios fuera algo imposible o, aún en caso de que su existencia fuera un hecho posible, Dios no pudiera intervenir en el orden natural), el “hambre de Dios” no surgiría, pues no habría ningún vínculo entre la existencia de Dios y la satisfacción de nuestro anhelo de inmortalidad. Para un análisis más detallado del papel que juega el relato bíblico acerca de la Resurrección de Cristo en la argumentación de Unamuno, véase: Alberto OYA, *Unamuno's Religious Fictionalism*, London, Palgrave Macmillan, 2020, pp. 37-50.

<sup>6</sup> Cf., Miguel de UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, pp. 112-113.

<sup>7</sup> Cf., *Ibid.*, p. 232.

inclinación natural básica de todas las cosas de incrementar su propia singularidad<sup>8</sup>. Para los propósitos de este artículo, creo que es suficiente señalar que, si esta “hambre de inmortalidad” refiriera simplemente al deseo humano de no morir, todo lo que dice Unamuno acerca de la universalidad del “sentimiento trágico de la vida” y la “miseria universal” no tendría sentido.

Por otro lado, carecemos de evidencias suficientes para formarnos la creencia que Dios existe porque, de acuerdo con Unamuno, los argumentos de teología natural no funcionan. A grandes rasgos, la crítica de Unamuno puede ser resumida como sigue. Los argumentos de teología natural toman la forma de razonamientos abductivos; *i.e.*, apelan a un determinado hecho del mundo, y de ahí pretenden probar la existencia de Dios en tanto que la existencia de Dios es la única (o, al menos, la mejor) explicación posible para el hecho en cuestión<sup>9</sup>. Como es bien sabido, el supuesto principal en todo razonamiento abductivo es que la hipótesis así inferida tiene suficiente poder explicativo: no podemos decir que la hipótesis de que Dios existe es la mejor explicación de un hecho del mundo si, en realidad, la existencia de Dios no explica por qué ocurre dicho hecho y no otro. Pues bien, lo cierto es, de acuerdo con Unamuno, que la hipótesis de que Dios existe carece de todo tipo de poder explicativo. Dios, con su salvación, da un sentido y una finalidad última al mundo, pero con su existencia no nos explicamos, ni mejor ni peor, los hechos del mundo: Dios responde al “¿para qué?” del mundo, pero no a su “¿por qué?”<sup>10</sup>. El problema último es que estos argumentos asumen una concepción teológica errónea, en tanto que es incapaz de preservar la relación afectiva que el hombre cristiano siente con Dios. Al pretender establecer abductivamente la existencia de Dios, estos argumentos reducen a Dios a una mera causa explicativa, una entidad teórica no diferente a lo que podría ser un átomo. Pero para el hombre cristiano, Dios no es, claro está, una mera causa explicativa sino, y ante todo, un sujeto personal y vivo, en quien se espera y a quien se reza, de ahí la constante contraposición entre el “Dios-Biótico”, el Dios vivo y sufriente de la fe de Unamuno, y el “Dios-Idea”, el dios de la escolástica, la causa explicativa que pretenden probar los argumentos de teología natural<sup>11</sup>.

La agonía es irresoluble, no hay manera de establecer racionalmente la existencia de Dios y tampoco podemos dejar de necesitar a Dios (en tanto que esta necesidad es fruto de nuestra inclinación natural más básica, el “hambre de inmortalidad”): “Ni el sentimiento logra hacer del consuelo

---

<sup>8</sup> Cf., Alberto OYA, *op. cit.*, pp. 13-27.

<sup>9</sup> Cf., e.g., Miguel de UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, p. 208.

<sup>10</sup> Cf., *Ibid.*, pp. 200-201.

<sup>11</sup> Cf., e.g., *Ibid.*, p. 214.

verdad, ni la razón logra hacer de la verdad consuelo<sup>12</sup>. La imposibilidad de escapar de la agonía, del “sentimiento trágico de la vida”, nos genera una angustia, un dolor espiritual. Tan pronto como nos damos cuenta de que esta “hambre de inmortalidad” no es algo exclusivamente humano, sino la inclinación natural más básica de todas las cosas, nos damos cuenta de que el mundo entero comparte nuestra trágica y angustiosa condición. Ante tal “miseria universal”<sup>13</sup> no podemos sino compadecer al mundo entero –y compadecerlo implica amarlo, pues no sentimos compasión por quienes no sentimos afecto–. Y amar al mundo es, según Unamuno, concebir el mundo de forma personal, pues no amamos cosas, sino a personas. Y es así cómo, de acuerdo con Unamuno, el mundo deja de ser para nosotros un simple *hecho* y se nos aparece como un Ser personal, vivo, que sufre, ama y pide de nuestro amor. En palabras de Unamuno:

El amor espiritual a sí mismo, la compasión que uno cobra para consigo, podrá acaso llamarse egotismo; pero es lo más opuesto que hay al egoísmo vulgar. Porque de este amor o compasión a ti mismo, de esta intensa desesperación, porque, así como antes de nacer no fuiste, así tampoco después de morir serás, pasas a compadecer, esto es, a amar a todos tus semejantes y hermanos en aparenzialidad, miserables sombras que desfilan de su nada a su nada, chispas de conciencia que brillan un momento en las infinitas y eternas tinieblas. Y de los demás hombres, tus semejantes, pasando por los que más semejantes te son, por tus convivientes, vas a compadecer a todos los que viven, y hasta a lo que acaso no vive, pero existe. Aquella lejana estrella que brilla allí arriba durante la noche, se apagará algún día y se hará polvo, y dejará de brillar y de existir. Y como ella, el cielo todo estrellado. ¡Pobre cielo! [...] Si llego a compadecer y amar a la pobre estrella que desaparecerá del cielo un día, es porque el amor, la compasión, me hace sentir en ella una conciencia, más o menos oscura, que la hace sufrir por no ser más que estrella, y por tener que dejarlo de ser un día. Pues toda conciencia lo es de muerte y de dolor. [...] Y cuando el amor es tan grande y tan vivo, y tan fuerte y desbordante que lo ama todo, entonces lo personaliza todo y descubre que el total Todo, que el universo es Persona también que tiene una Conciencia, Conciencia que a su vez sufre, compadece y ama, es decir, es conciencia. Y a esta Conciencia del Universo, que el amor descubre personalizando cuanto ama, es a lo que llamamos Dios<sup>14</sup>.

En todo esto, es importante destacar que esta forma de concebir el mundo no equivale a una *descripción* de cómo es de hecho el mundo. La fe de Unamuno no implica aceptar, como verdad, el hecho que Dios existe.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 171.

<sup>13</sup> *Cf.*, *Ibid.*, p. 233.

<sup>14</sup> *Ibid.*, pp. 191-192.

Como ya hemos visto, la fe de Unamuno es, en última instancia, una *reacción* a nuestra inclinación natural más básica, y por tanto no tiene nada que ver con cómo es de hecho el mundo. La razón de por qué la fe de Unamuno no tiene valor cognitivo, fáctico, es, pues, que ésta emerge de nosotros, de nuestra propia naturaleza, y no del mundo. La fe es algo humano, subjetivo, pero –y nótese que éste es el punto central de la propuesta de Unamuno– no es por ello arbitraria: está justificada precisamente en tanto que es nuestra *reacción natural*, el resultado inevitable de nuestra angustiada condición natural.

Este concebir el mundo como un Ser vivo que sufre, ama y pide de nuestro amor, determina, a su vez, una manera de actuar, de relacionarnos con el mundo. A un nivel práctico, ético, nuestra respuesta consiste en un esfuerzo por librarnos, a nosotros mismos y al mundo entero, de la congoja que acarrea consigo el “sentimiento trágico de la vida”<sup>15</sup>. Se trata de practicar la *caridad*, no *ahorrarse* para uno mismo, sino darse agapísticamente al mundo, querer serlo todo sin dejar de ser uno. Y es mediante nuestra entrega amorosa que *sentimos* rebosar nuestra propia individualidad sin perder por ello nuestra conciencia individual, sin dejar de ser los “hombres de carne y hueso” que somos aquí y ahora<sup>16</sup>. Un ejemplo de en qué consiste esta caridad de la que habla Unamuno lo encontramos en otro de sus personajes literarios, Manuel Bueno, el párroco que precisamente *porque* es incapaz de librarse de sus dudas y su congoja, del íntimo “sentimiento trágico de la vida”, se entrega al cuidado de su pueblo.

Pues bien, la misma idea que encontramos en *San Manuel Bueno, mártir*<sup>17</sup> es la idea que estructura, aunque esta vez de forma irónica, la novela *Un pobre hombre rico o el sentimiento cómico de la vida*. Si Manuel Bueno expresa el ideal de la caridad unamuniana, el joven Emeterio, el protagonista de *Un pobre hombre rico o el sentimiento cómico de la vida*, encarna precisamente todo lo contrario. Que ésta es la conexión entre ambos textos es evidente por las palabras del propio Unamuno:

Si a alguien le pareciere mal que junte en un tomo a *San Manuel Bueno* con *Un pobre hombre rico*, póngase a reflexionar y verá que íntimas profundas relaciones unen al hombre que comprometió toda su vida a la salud eterna de sus prójimos, renunciando a reproducirse, y al que no quiso comprometerse, sino *ahorrarse*<sup>18</sup>.

<sup>15</sup> Cf., *Ibid.*, p. 234.

<sup>16</sup> Cf., *Ibid.*, p. 273-277.

<sup>17</sup> Miguel de UNAMUNO, *San Manuel Bueno, mártir* (1930), en *Miguel de Unamuno: obras completas* (vol. II: “Novelas”), Madrid, Escelicer, 1967, pp. 1127-1154.

<sup>18</sup> Miguel de UNAMUNO, “Prólogo a *San Manuel Bueno, mártir y tres historias más*” (1933), en: *Miguel de Unamuno: obras completas* (vol. II: “Novelas”), Madrid, Escelicer, 1967, p. 1120. Aquí debe

Al inicio de *Un pobre hombre rico o el sentimiento cómico de la vida*, el joven Emeterio no siente interés por nada que pueda generarle un compromiso, “[...] era ahorrativo, lo mismo que en dinero, en trabajo, en salud, en pensamiento y en afecto”<sup>19</sup>. Su vida consiste, nada más y nada menos, que en un pasar el rato, procurando no “[...] adquirir compromiso serio, sin comprometerse”<sup>20</sup>. Este ahorrarse a sí mismo le lleva, en un primer momento, a rechazar a la mujer que desea y, a la larga, a llevar una vida vacía, insulsa, sin interés, a vivir “[...] como una sombra errante y ahorrativa, como un hongo, sin porvenir y ya casi sin pasado”<sup>21</sup>. No es hasta que Emeterio contrae matrimonio con la mujer que rechazó durante su juventud *ahorrativa* que deja de pasar el rato y empieza a vivir de veras. De ahí las palabras de Emeterio al final de la novela –nótese aquí que “vacante” refiere a “jubilación” y, por extensión, a lo que ésta implica, la vejez y, finalmente, la muerte–:

Ahora, Rosita, ahora me siento capaz de todo. ¡Y no temo ni... a la vacante!  
¿Por qué dejé, Dios mío, escapar aquella ocasión?<sup>22</sup>

¿Quiere decir esto que si no nos casamos no tendremos una vida auténtica? Obviamente no. El matrimonio es tan solo un ejemplo. Lo que importa aquí es el compromiso en sí. Lo que nos está diciendo Unamuno con la historia de Emeterio es que una vida auténtica requiere de nuestro compromiso y entrega, que tomemos parte en ella. Y es que la caridad es algo que cada uno de nosotros ha de poner en práctica, incluso en los aspectos más mundanos de nuestras vidas cotidianas. De ahí, también, lo que dice Unamuno en su *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, de que debemos de hacer de nuestro oficio civil una “vocación religiosa”: cuando nos comprometemos con nuestro oficio y no nos lo tomamos simplemente como un “pasar el rato”, nuestro oficio se convierte en una entrega al mundo<sup>23</sup>.

Y todo esto se enlaza con el propio contexto biográfico de la obra, con el Unamuno “de carne y huesos”, cuyo compromiso con su país le llevó a la soledad del exilio. El año en que da por concluida *Un pobre hombre rico o el sentimiento cómico de la vida*, 1930, es también el año de su retorno a España

recordarse que Unamuno dio por finalizada *Un pobre hombre rico* en diciembre de 1930, aunque no fue publicada hasta el año 1933, cuando es incluida en la recopilación *San Manuel Bueno, mártir y tres historias más*, junto con *La novela de don Sandalio, jugador de ajedrez y Una historia de amor*.

<sup>19</sup> Miguel de UNAMUNO, *Un pobre hombre rico o el sentimiento cómico de la vida*, p. 1187. Véase también: “[Emeterio] Se acordaba vagamente de su infancia y de cómo sus padres, modestos artesanos que a fuerza de ahorro amasaron una fortunita, solían exclamar al oírle recitar los versos del texto de retórica y poética: ‘¡Tú llegarás a ministro!’. Pero él, ahora, con su rentita y su sueldo no envidiaba a ningún ministro” (*Ibid.*, p. 1187).

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 1120.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 1198.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 1202-1203.

<sup>23</sup> Cf. M. UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, pp. 267-273.

tras el exilio dictado por Alfonso XIII debido a sus continuas críticas al monarca y a la dictadura de Miguel Primo de Rivera<sup>24</sup>. Unamuno no dejó de comprometerse y tomar partido con su propia vida, la de acá.

Alberto Oya  
Instituto de Filosofia da Nova (IFILNOVA)  
Faculdade de Ciências Sociais e Humanas - NOVA FCSH  
Campus de Campolide - Colégio Almada Negreiros  
1099-032, Lisboa (PORTUGAL)  
alberto.oya.marquez@gmail.com

---

<sup>24</sup> Cf. e.g., sus artículos “¿Qué es reinar?” (*España*, 1918), “El archiduque de España tiene la gracia de la pantera” (*La lucha*, 1918) e “Irresponsabilidades” (*El liberal*, 1922).